

A tres días de recibir el email, no podía ya postergar la respuesta a mi padre. Mientras desayunaba le pregunté a Julieta si ella había respondido, pero dijo que no creía que el correo electrónico fuera la mejor manera de comunicarse en estos casos. Podía ser cierto, pero llamar por teléfono me convenía todavía menos: demasiadas cosas para decir y ninguna forma de decirlas.

El email, por otra parte, era preciso - más preciso incluso que las cartas, que podían perderse en el camino o revelar lo que no deberían decir en alguna palabra tachada, en la presión de la mano sobre el papel, en el papel que alguna vez fue arrugado y tirado a un cesto antes del arrepentimiento que lo devolviera al sobre. Sólo en un email podían ir las palabras justas, aunque no hubiera palabras justas para decirle a mi padre que más que dolor sentía (en palabras que usaría él) bronca, que no me dolía tanto pensar que se nos terminaba el tiempo como saber que no habíamos aprovechado el que tuvimos hasta entonces. Eran lugares comunes, frases hechas, pero de a una las fui poniendo en un email que no envié, que borré y reescribí a lo largo de toda la mañana, y que al fin envié sólo para arrepentirme cuando ya era demasiado tarde.

En un último intento corrí a comprar una tarjeta de teléfono y, desde la esquina de casa, marqué el número de mi padre en Buenos Aires. Dos decepciones: primero no obtuve el tono de ocupado que me hubiera permitido demorar la llamada hasta más tarde, o mañana, o preferentemente nunca; luego, ya hecho a la idea de que alguien levantaría el tubo al tercer o cuarto timbrado, la voz de Dolores que en la contestadora decía que no estaban. No

dejé mensaje, y terminé de resignarme a que el mail enviado fuese la última palabra, o al menos la primera palabra definitiva. Era difícil sentirme mal, insatisfecho o decepcionado de mí mismo, sin saber qué era lo que quería decirle a mi padre.

El mismo día mi padre respondió el mail con un largo llamado telefónico. Tal como lo hubiera hecho yo, empezó con protestas, siguió con preguntas, continuó con defensas y terminó en un largo rodeo que llevó, sí, a las disculpas: habíamos perdido el tiempo; había dejado pasar los años; había retomado el contacto recién cuando el médico le ordenó hacerse los primeros estudios; sus problemas con mamá no eran excusa suficiente para habernos dejado de lado; si pudiera volver el tiempo atrás haría las cosas de otra forma. Julieta y yo escuchábamos, desde el teléfono de mi habitación y el aparato inalámbrico de la sala, algo que llegaba tarde, demasiado tarde ahora, con los días contados y tan pocos. El rol de víctima incuestionable de la enfermedad tampoco ayudaba - nada se puede echar sobre los hombros de un enfermo, ninguna culpa es superior al sufrimiento de quien sabe que va a morir. Por primera vez entendí lo que mis padres nunca habían querido enfrentar: en su momento todo había sido culpa del exilio, una historia común a los argentinos que no podían (ni debían) tener éxito en la derrota de una ausencia forzada; pero si mis padres nunca se hubiesen ido de la Argentina, si no hubiera pasado lo que pasó, no hubieran faltado motivos para que mi padre se fuera cuando mi madre estuviese a punto de echarlo. Todas las excusas confluían en lo mismo, cada fracaso parte del gran fracaso nacional, y fracasar era casi una obligación. Pero eso tampoco hay forma de saberlo, y quizás habríamos sido felices y aún hoy estaríamos juntos, y mi padre no moriría de a poco y tan lejos. Julieta lo tomó de otra manera, con más llanto y menos planteos, y en el fondo, aunque no pueda compartirlo, creo que es mejor así.

Esa tarde Carmen vino por primera vez a casa para tomar el famoso mate que yo tanto le había promocionado y que era el único vicio argentino que mi madre no había podido abandonar. Llegó cuando recién había terminado la conversación con mi padre y una vez más supo decir las palabras correctas: para cuando se había lavado la primera carga de yerba la conversación ya pasaba a algunos profesores de la facultad que Carmen y Julieta habían compartido (remedios tradicionales de los mexicas o algo parecido), antes de detenerse en un estudio detallado de mi "fracaso en la carrera" y los motivos por los cuales, ocho años después de haber ingresado, aún cursaba seminarios y materias optativas del octavo semestre. De todos los momentos, mi madre eligió ese para llegar con Manu de la escuela, y además de los muchos aportes que hizo a la conversación (ninguno que me hiciera quedar bien) terminó por formarse la mejor opinión de Carmen. Como hubiera dicho mi padre, me salvó la campana cuando se hicieron las seis y debí salir corriendo hacia el restaurante. Carmen se quedó para ver la colección de revistas feministas de mi madre, y como despedida les eché una frase del repertorio argentino, "dos potencias se saludan".

Las noches en Patio de Tango se hacían monótonas, y la única diferencia estaba en sus finales: a veces Roberto me llevaba a una mesa y discutía, café de por medio, los elementos esenciales de la porteñidad; a veces Malena me preguntaba sobre mis problemas para luego hablar de los propios; a veces lograba escapar de esos dos programas para ir a casa o pasar a buscar a Carmen. Si en algo había cambiado en el local desde que yo trabajaba allí, si algo quedaba del plan original en el que mi presencia le daría la autenticidad que necesitaba, Roberto lo sabía mejor que yo. Mi rol de anfitrión se había convertido de a poco en el de un mozo que hacía comentarios sobre la cocina y hablaba con acento extranjero, un juego que sorprendía a los nuevos clientes y que era apreciado por algunos de los regulares. Los turistas argentinos aún criticaban, los mexicanos todavía llegaban para ocasiones especiales, cada tanto había alguna cena de negocios; Roberto experimentaba algunas noches con un dúo de tango que funcionaba bien, pero los músicos eran en realidad mariachis y, pasadas las diez de la noche, se les acababa el repertorio tanguero y tocaban "María Bonita" y "Cielito Lindo".

Los cocineros y el resto del personal mexicano se reían de Roberto a sus espaldas. Y si bien me hacían cómplice de las burlas, con Malena no sucedía lo mismo - algunos por creer que era la mujer de Roberto, otros por creer que estaba a punto de convertirse en su propia mujer. Ella hablaba con todos, y ante todos hacía y arrancaba confidencias. En la cocina, o en alguna taquería después de hora, todos decían que no les importaba, que estaban cansados de sus jueguitos, que al cabo tampoco era tan chula, pero algo en la manera en

que les hablaba (debería decir "nos hablaba") exigía atención, y les (nos) hacía creer, por apenas el tiempo suficiente, que cada uno de ellos era (que yo era) el hombre elegido.

En la facultad, mientras tanto, mis cursos se encaminaban hacia algún final feliz: mi asistencia se hizo más regular, entregué monografías atrasadas, mejoré el rendimiento en los parciales. Pasaba mucho más tiempo en la Ciudad Universitaria, básicamente para estar con Carmen; en los tiempos muertos estudiaba en la biblioteca. Con la ayuda del hermano de Carmen y sus contactos comencé una investigación sobre las tradiciones políticas norteñas, la cultura popular y las reacciones ante el narcotráfico: el tema interesó a varios de mis profesores, y por primera vez me sugirieron que pensara en competir por una beca de investigación. Por una referencia en un artículo de Clarín descargué temas de cumbia villera y escribí un artículo para la revista de Ciencias Políticas comparándolos con los narcocorridos norteños: por primera vez México y Argentina se me aparecían como espacios paralelos y comparables.

Mi padre comenzó el tratamiento de quimioterapia, y nos comunicábamos antes de cada sesión. Por el momento no había mejoras importantes, pero tampoco eran de esperarse - uno de los pulmones estaba bastante comprometido pero no había metástasis ni necesidad de extirparlo, y los médicos se conformaban con detener el crecimiento del tumor. Julieta y mi madre estaban muy afectadas, y yo también pero intentaba no mostrárselo a nadie más que a Carmen. Para mi madre ya era demasiado: el segundo golpe en pocas semanas, cuando aún no se había recuperado de la muerte de su ex pareja, y el juicio por el apellido de Manu seguía trabado por influencia de sus abuelos. Una cosa era haber terminado con ellos años atrás y otra enterrar a uno para comenzar a velar al otro, dijo una noche de borrachera con sus amigas - cada vez que estaba sola, o creía estarlo, lloraba por "los padres de mis hijos". Por teléfono, mi padre intentaba sonar optimista pero se notaba su miedo. Yo asociaba su voz con aquella que me había arrullado en el avión que salía de Buenos Aires, aunque era demasiado joven como para recordarlo. En el relato de mi madre, aquel día lloré desde que cruzamos la aduana hasta que el avión aterrizó - según las azafatas era una reacción normal en los bebés, pero mis

padres siempre creyeron que de alguna manera sabía lo que pasaba y que, generoso, lo hacía para distraerlos de su propio dolor.

La única lección que recuerdo de mis clases de física es que la fuerza sólo es necesaria para cambiar la aceleración de los elementos, y que sólo es perceptible la aceleración: es lo mismo estar quieto, moverse con lentitud o con rapidez, siempre que la velocidad se mantenga. Entre todas estas cosas pasaron dos meses en los que cada semana traía las mismas novedades, consecuencias de los mismos cambios, sorpresas que terminaron por hacerse regulares. Buenas noticias, malas noticias, miedo, hasta el amor puede hacerse cotidiano, sólo es (por suerte o por desgracia, aún hoy no lo sé) una cuestión de tiempo.

